

Pateando el tablero: “El 15M como discurso contrahegemónico” cuatro años después

Entrevista con Iñigo Errejón¹

Comité Editorial de Encrucijadas



ILUSTRACIÓN: VIDAL [<http://www.vidalwashere.com>]

Iñigo Errejón Galván (Madrid, 1983) es doctor en Ciencia Política por la Universidad Complutense de Madrid. Su principal campo de investigación es el cambio social y político en América Latina, línea en el que se inserta su tesis *La lucha por la hegemonía durante el primer gobierno del MAS en Bolivia (2006-2009): un análisis discursivo* (2012) y el libro colectivo co-editado junto a Alfredo Serrano *iAhora es cuando, carajo! Del asalto a la transformación del Estado en Bolivia* (El viejo topo, 2011). Es miembro del consejo editorial de la revista *Viento Sur*, donde ha publicado además reflexiones como "Política, conflicto y populismo" (2011), en la que se analiza la situación política en Europa y España. Este año ha publicado junto a Chantal Mouffe el libro *Construir pueblo. Hegemonía y radicalización de la democracia* (2015, Icaria). Actualmente es secretario de Política y Área de estrategia y campaña de Podemos, partido del que fue uno de sus principales impulsores.

1. Mi agradecimiento a Jesús Jurado, por las conversaciones en torno a esta entrevista y su colaboración en la edición final.

En 2011 Íñigo Errejón publicó en *Encrucijadas* un artículo evaluado por pares titulado "El 15M como discurso contrahegemónico". Casi cuatro años después, con oportunidad de este monográfico sobre *Acción colectiva en tiempos de crisis* y en un momento de auge de Podemos en las encuestas, le entrevistamos varios miembros del Comité Editorial de la revista para que hiciera una relectura personal y política de lo sucedido en ese tiempo. A lo largo de una conversación de casi dos horas de duración abordamos temas como la visión de política entendida como lucha por el sentido, la distinción entre la lógica de lo político y lo estrictamente institucional, el papel de las ciencias sociales en el cambio social o la sacudida del 15M y Podemos en la política española. Pero también sobre la relación entre los movimientos sociales, las instituciones y "lo instituido", o su concepción de la meritocracia, las clases sociales o "los de arriba" y "los de abajo". La entrevista se realizó en Madrid el 7 de enero de 2015 por Rubén Díez, Rafael Grande, David Prieto y María Ramos.



La política como «lucha por el sentido»

Hace ya casi cuatro años que publicaste en esta misma revista un artículo en el que analizas la reordenación del campo político y la generación de una nueva identidad política transversal en España a partir del movimiento 15M: la "hegemonía" que había creado el movimiento². Recordamos que la primera versión llevaba por título "Pateando el tablero. El 15M como movimiento contrahegemónico", aunque finalmente la expresión inicial no quedó reflejada en el artículo tras la revisión por pares. Nos gustaría retomar aquel análisis y hacer una relectura desde la perspectiva actual. Es decir, no tanto hablar de "qué ha pasado" sino de cómo ha evolucionado aquel análisis a raíz del ciclo de movilización que fue el 15M en aquel momento.

Yo creo que viendo el artículo es claro. Aquel momento está presidido por una cierta apertura de lo imaginable en el momento, y por una cierta "ola de optimismo". No me refiero a que las cosas fueran más fáciles, pero sí que se empezaba a pensar que las cosas eran posibles. Esto lo estoy diciendo ahora en 2015, en el que el "Sí se puede" se ha generalizado como lema de la contestación política. Y es muy significativo, porque que se generalice el "Sí se puede" significa que lo primero que se estaba contestando no es el "es justo" que sucedan ciertas cosas o "deberían" suceder otras cosas, sino que "son posibles" otras. Es decir, que lo primero ha sido una suerte de contestación de una clausura de lo imaginable, o del horizonte político que uno podía pensar, que se abre a caballo del 15M y de las secuelas o de las oleadas del 15M.

O sea, es verdad que si nos leemos o volvemos a las reflexiones de entonces, son reflexiones creo en muchos casos marcadas por el optimismo. Y claro, todas las cosas que están marcadas por el optimismo en un período de auge de la movilización sufren luego el momento, que siempre llega, de reflujo de la contestación social. Digamos que una primera enseñanza metodológica es: escribamos, pensemos las hipótesis asumiendo siempre que después de cada auge hay un reflujo, y por tanto asumamos, tanto para la parte académica como para la parte de la práctica política, que en algún momento, puede que dentro de 10 años o dentro de un mes, pero que en algún momento hay reflujo. Es verdad que yo he venido desarrollando una suerte de "pesimismo metodológico". Quizás sería mucho decir "pesimismo metodológico", pero sí diría "haz las apuestas apuntando a lo más audaz y a lo más grande, pero asumiendo siempre que pase lo peor, o que las cosas a las que apuestas salgan de la forma más limitada, más estrecha o con el menor recorrido posible".

2. Errejón, I. (2011): "El 15M como discurso contrahegemónico", *Encrucijadas*, 2: 120-145 ([enlace](#)).

Dicho esto, creo que claramente hoy vivimos una situación que es inédita en la historia de este sistema político. Una de las cosas que caracteriza el momento es que se ha politizado el conjunto de insatisfacciones y de descontentos que un modo concreto de gestión de la crisis ha provocado, junto con la deslegitimación de los actores que la venían gestionando y de las élites tradicionales en España. El acumulado de frustraciones y el alejamiento entre representantes y representados se han politizado en un sentido que no estaba escrito, que no era necesario. Podría no haber tenido politización alguna, podía haber tenido politización de signo reaccionario... y ha tenido unas opciones de politización en un sentido de profundización y de ruptura democrática. Esta situación que hay hoy creo que es claramente feudataria de lo que se abrió el 15M. Pero decir esto no significa hablar sólo de la gente que se movilizó el 15M, o de las manifestaciones, sino de algunos cambios en el sentido común de época que se operaron en el 15M, que fueron tibios, contradictorios, difusos..., pero que –como siempre estos cambios culturales– supusieron una ventana de oportunidad política susceptible de ser aprovechada. Que podría no haber sido aprovechada en modo alguno, y que está por ver si puede ser aprovechada para la constitución de un poder político de signo diferente al existente.

"A veces los consensos hacia dentro de las minorías activistas te alejan de la posibilidad de los consensos hacia fuera del descontento popular. La política es la lucha continua por instituir sentidos compartidos"

En tu artículo se habla de la política entendida como una actividad por "la lucha por el sentido". ¿En qué punto nos encontramos ahora? ¿Cómo se "gana" la lucha por el sentido en la política?

Para mí sigue siendo fundamental y además sigue siendo la mejor herramienta para entender qué está pasando en España. Creo que la política es fundamentalmente la lucha por instituir sentidos compartidos, pero asumiendo que es una lucha que no termina jamás, y por tanto que no la podemos interpretar en términos de un comienzo, un desarrollo y un final, sino que la podemos ver como una disputa siempre en marcha. Lo que debemos ver, creo, es qué cosas se han movido desde el espacio temporal que abarca el artículo hasta ahora, quién las ha movido, por qué se han movido, cuál ha sido el resultado de que se hayan movido, qué ha cambiado cuándo se han movido, etc.

Y yo creo que si tuviéramos que describir el momento político actual en España, creo que una fecha crucial, como lo fue el 15M, no igual de importante, pero sin duda central para saber lo que está pasando es el 25 de Mayo de 2014. El 25 de Mayo no en términos de supeditar todas las transformaciones políticas a

los cambios electorales, en absoluto, sino de ver cómo los cambios políticos han sido reflejo, pero a la vez impulsores, de cambios en el reparto de posiciones en el escenario político español.

¿Y qué creo que ha pasado desde entonces? Pues en primer lugar que hemos entrado en un año político acelerado. Creo que a partir de la noche del 25 de Mayo hasta ahora hemos entrado en un tiempo político más acelerado, en el que suceden muchas más cosas en el tiempo en que antes sucedían muchas menos. Es decir, que ahora un mes tiene mucha más intensidad política. En segundo lugar, hemos visto a las élites tradicionales asustarse, se han mostrado inquietas aunque no atemorizadas terriblemente, porque siguen controlando el grueso de los resortes de poder. Esto no es sólo una consigna para el combate político, creo que es también un dato de análisis.

"Las élites políticas españolas están culturalmente a la defensiva con Podemos y hablan ya con valores y términos del adversario"

Por un lado, estas élites han sentido que envejecían tras la noche del 25 de Mayo de 2014, así que han tenido que correr a liderar iniciativas que les hicieran parecer nuevos, adornarse y ponerse a la altura en unos tiempos en los que parecía que "viejo" y "nuevo" empezaban a significar algo completamente diferente, que amenaza con erosionar su capacidad de generar consenso. Y como aparecen envejecidos, hemos visto una sucesión en la jefatura del Estado y una sucesión en el principal partido de la oposición, que además es una sucesión marcada por la necesidad de aparentar estética y simbólicamente que es una cosa nueva y renovada. Hemos visto también dimisiones en el Parlamento Europeo. Hemos visto al Presidente del Gobierno anunciando un plan de regeneración democrática que se concreta en poca cosa; pero es un buen dato que al menos se haya visto obligado a reconocer que la democracia española necesitaba ser regenerada. Posiblemente el 25 de Mayo las élites todavía podían negar esto, y desde el 26 no sólo se ven obligados a reconocerlo, sino que intentan liderar una *regeneración por arriba*. Han entendido que su posibilidad de supervivencia y de seguir monopolizando la representación política o de seguir conquistando mayorías es ponerse ellos al frente de peticiones de regeneración. Hemos visto incluso a los círculos de los empresarios decir "a lo mejor hay tipos de reformas políticas que hay que emprender". Hemos visto a importantes periodistas hasta hace poco muy afines al régimen, se me ocurre el propio Zarzalejos, por ejemplo, diciendo "es necesario emprender reformas estructurales de calado, el atrincherarse y creer que con negar que hay un masivo descrédito de las élites tradicionales no nos va a sacar de esta". Básicamente en términos muy resumidos y un poco caricaturescos estaría diciendo: "o reformamos Roma desde dentro o mirad los

bárbaros que ya se agolpan en nuestras murallas". Pero todo eso es un signo de cómo cambian los tiempos y del empuje del proceso en marcha.

Por otro lado, estamos viendo unas élites políticas culturalmente a la defensiva. O sea, claramente mandan, claro que mandan. Tienen las mejores relaciones con el poder económico, el control de los aparatos del Estado, la representación política, el poder institucional, la primacía electoral... Tienen las mejores relaciones con los dueños de los medios de comunicación, y a pesar de todo esto están culturalmente a la defensiva. ¿En qué se ve que alguien está culturalmente a la defensiva? En que hablan con valores y términos del adversario. Es revelador que a Podemos se le ataca fundamentalmente diciendo "ya sois Casta". Lo cual implica asumir no sólo el lenguaje de los desafiantes, sino también asumir que efectivamente en España existe algo que se llama *Casta*. Imaginémonos una situación en la que las élites de un país, cada vez con menos capacidades de convencer, para desacreditar al adversario tienen que decir "el adversario se me parece". "No creáis que el adversario tiene nada mejor porque el adversario tiene las mismas miserias que nosotros". Sea cierto o no sea cierto, refleja una crisis de imaginación política. Eso por no hablar de la campaña del miedo, de la necesidad de decir "a lo mejor no somos fantásticos, pero lo que viene es el desastre". Eso son síntomas de la incapacidad de proponer horizontes de integración para buena parte de los ciudadanos que ayer creían en ellos y hoy no.

Volviendo a la "lucha por el sentido". Aunque no haya fin como tal, ¿tu interpretación entonces es que sí se está ganando la lucha por el sentido desde el lado contrahegemónico?

En realidad estamos acostumbrados a tal monopolio desde siempre que decimos "el miedo está cambiando de bando", pero no sé si tanto. Hay algunos que han sentido por primera vez un poquito de inquietud política, han sentido que podría ser que no siempre ganen la batalla. Entonces no creo que se pueda afirmar que hay una hegemonía nueva en España, pero claramente sí hay un discurso contrahegemónico que es pujante, que está a la ofensiva y que ha obligado a otros actores a ponerse claramente no sólo a la defensiva sino con un nivel de hostigamiento, de agresividad y de brutalidad que creo que no hemos visto en la historia política y mediática de España en las últimas décadas. Digo brutalidad en el sentido de que admiten que están en campaña, reconocen sin ningún pudor que nos están sometiendo a un examen que sabemos que ellos mismos no pasarían. Comienza a ser evidente el agotamiento del régimen y el adversario sabe que tiene que desgastarnos y llegar al final de este ciclo político con capacidad de capitanear la *reforma desde arriba*.

Ese proyecto contrahegemónico del que ya hablaba en el artículo publicado en Encrucijadas en 2011 se expresa en el día a día. Se ve en los medios, se ve en la reacción del adversario, se ve en las encuestas y en las urnas, y creo que se ve también en un cierto clima difícil de palpar. Yo me obligo a mí mismo a salir de mi propia peripezia personal para reconocer lo que sucede, y tengo que reconocer que no soy capaz del todo. Pero diría que yo palpo en la calle y en la cantidad de gente que te para y te dice cosas, un clima entre una buena parte de los subalternos casi como de victoria simbólica. Es decir, no hemos ganado nada, nada todavía. Las cosas siguen igual y siguen gobernando en el país los mismos que han llevado a las políticas de empobrecimiento. Y sin embargo hay una suerte como de "pequeño espíritu de venganza plebeya" por el cual ciudadanos normales dicen "yo no gano, pero a veces... pongo la tele y veo batallas simbólicas en la tele que me resarcen...", "vosotros ganaréis, pero los vuestros muerden el polvo en los debates" o "vosotros ganaréis, pero... ¡qué nerviosos estáis!". Esto por sí solo no constituye el cambio político, pero es un termómetro de que, por una parte, efectivamente esa disputa por el sentido se ha movido, y se ha movido creo en un sentido favorable a los sectores subalternos; y que, por otra parte, el adversario todavía no había sido plenamente capaz de encontrar una estrategia coherente para recuperar la iniciativa política.

Has hablado de que el 25 de Mayo supuso un hito muy importante, un punto de inflexión, pero, ¿cuál es el siguiente hito en esa lucha por el sentido en términos electorales?

Ahí creo que hay dos caminos paralelos. Por una parte está el camino de lo electoral. Creo que estamos en un momento en el que las batallas electorales ocupan el lugar central de la disputa política en España. Esto no es un "deber ser", ni creo que siempre sea así. No le concedo ninguna primacía explicativa a lo electoral a la hora de entender los fenómenos políticos, pero creo que en este momento es así. Un proceso de un cierto reflujó de la movilización y también una demostración de que la movilización por sí sola no es capaz de derrotar los planes de empobrecimiento, de venta y de saqueo de la soberanía. Esto junto a una especial concentración de la fuerza, de las expectativas en la batalla electoral y de que ahora se han juntado muchas disputas electorales que van a ser decisivas para el reparto de poder en el interior del Estado. Se concentran todas las elecciones en un año en el que creo que hay que ver el año entero como una sola batalla que tiene varias etapas, y que culmina evidentemente con las Elecciones Generales. Pero lo de antes no está siendo sólo un medio para llegar a las Generales, sino que tienen su importancia concreta. Así que las disputas electorales en Mayo, las Municipales y Autonómicas, han sido un poquito Municipales y Autonómicas y un poquito el adelanto de unas Generales.

Eso de un carril, del carril uno, diría. Que es una batalla política fundamental, pero cuidado, que la batalla ahí es una batalla que no es una batalla de "a todo o nada", "o se gana o se pierde". Creo que el dato fundamental para decir en qué medida ha sido un éxito para los que quieren el cambio político en España en esas elecciones es si en esas elecciones han hecho irreversible la vuelta a lo de antes. Creo que una parte de nuestras élites todavía sueñan que 2014-2015 haya sido un mal sueño, un año febril, un año en que los ciudadanos se calentaron. Es muy importante ahí el titular de *El País*, que cuando es la primera vez que las encuestas le dan el primer puesto a Podemos titulan "La ira ciudadana lleva a Podemos al primer puesto". ¿Esto qué significa? Esto significa un intento, no sé si voluntario o porque lo entienden así, de desposeer a las fuerzas políticas con potencial rupturista de proyecto e identidad política propia: de que al margen de las élites nadie puede proponer un modelo distinto de país, sino, como mucho, expresar enfado para que ellas lo recojan. Y como tal enfado es una cosa digamos irracional que sube y baja. Que es además una cosa muy típica como de la interpretación social más conservadora: que las revoluciones son "volcanes que estallan", son "tormentas terribles pero luego vuelve la calma"... Y creo que eso muestra inconscientemente una cierta tendencia o un deseo de que las aguas vuelvan a su cauce. Los ciudadanos "se han calentado durante un año", "han estado a punto de hacer locuras", pero "esto volverá porque somos una sociedad normal y decente, y lo normal y decente es votar a las opciones responsables de siempre". Así que cualquier resultado electoral que hiciera imposible una vuelta a lo de antes, ya es una cuña que impediría una restauración como si aquí no hubiera pasado nada. Por tanto eso posibilita que el escenario político siga abierto.

"Ha sido más fácil construir y demostrar en la práctica la necesidad de liderazgos que abrir un debate en las Ciencias Sociales sobre qué rol deben jugar"

Ahí siempre hay una ambigüedad de la hegemonía que es que tu adversario te robe cosas y las incorpore a su programa quitándoles el carácter más rupturista de esas demandas. ¿Eso es una victoria tuya o no? Hombre, no porque no las conduces tú, pero ciertamente ayuda a transformar cosas. Yo, por ejemplo, tengo la idea de que el tema de la reestructuración de la deuda se va a abrir paso. Y va a haber formaciones políticas que piensan que eso es una locura que luego lo van a abanderar. ¿Eso es una victoria o una derrota? No lo sé. El PSOE ha dicho ahora que estuvo mal modificar el artículo 135 de la Constitución Española. Jamás lo hubiera dicho sin el 15M y sin Podemos después. Nunca. Entonces lo que tienes que hacer es perseguir al adversario en su retirada, si él reconoce errores o necesidad de cambios, aceptarlos y presionarle para que siga empujando. Esto tiene siempre ese carácter ambivalente. La clave es ver quién conduce los cambios, quién los dirige.

Y el segundo camino, el carril dos al que me refería; es un carril más político de fondo, más cultural. Es que la voluntad de cambio –que es en primer lugar una voluntad de destitución de la casta, de una élite representada como corrupta y endogámica– se cimenta en una voluntad colectiva, una voluntad popular diferente. Es decir, en una voluntad política capaz no de ser sólo un primer asalto político sino de conformarse en subjetividad política, en una identidad política propia con capacidad de encarnar el universal. Es decir, defendiendo un proyecto de país para las grandes mayorías y que sea percibido como tal. Y eso se trata de ir sentando la estructura y la organización, la penetración y el enraizamiento territorial, los símbolos, las canciones, los nombres, los mitos, los liderazgos y los programas que le permita decir “no, no sólo soy una reunión de gente enfadada que quiere cambio, soy una voluntad nueva que va a ser la voluntad nacional, que va a conducir un período político diferente en este país”. Un poco la idea de “pueblo” que ya se expresaba en el artículo. Y eso es una tarea que lleva plazos y ritmos distintos de la batalla electoral.

Las lógicas de lo político y lo institucional

Como dices en toda esa construcción habría dos esferas. En el artículo de 2011 la desarrollas desde el punto de vista más académico, pero también desde el de la intervención política. ¿Podrías ampliar un poco más esto (en términos de Antonio Gramsci, de Ernesto Laclau...)? ¿Cuáles pueden ser las relaciones, incluso las contradicciones, entre ambos órdenes? Porque también hay sociólogos que defienden que el orden cultural tiene una lógica propia, una autonomía propia. Pero, ¿cómo construir los nuevos sentidos de esferas políticas? ¿cómo eso puede chocar o no chocar o contradecirse con un orden que tiene su propia dinámica y que está muy centrado en las cuestiones de la auto-organización del yo, del consumismo? Como has venido explicando, al final hay un campo de la hegemonía, de la contrahegemonía cultural, de la construcción de sentido... pero, ¿cómo das luego ese paso a la construcción de las hegemonías políticas?

Es una cosa de términos, pero creo que sí hay una distinción. Yo lo enfocaría como distinción entre lo político y lo institucional, no entre lo político y lo cultural. Cuando estamos hablando de cultural estamos hablando de la posibilidad de establecer qué es lo justo y qué lo injusto, quién tiene derecho a que, quién ocupa qué posición y por qué razones nos agrupamos. Ahí, yo, uniría lo cultural y lo político, que es el combate político fundamental y que eso tiene una dinámica propia que es una dinámica muy marcada por la contingencia y por la hegemonía, en la línea de Chantal Mouffe.

En primer lugar, por la contingencia, lo que sucede no es aleatorio pero tampoco estaba escrito en ningún sitio. El 15M no tenía por qué suceder, no ha habido ningún desarrollo de las fuerzas productivas, ni del sistema político español, ni de las características institucionales, ni de las pautas culturales. El 15M sucedió y hay un punto siempre de intervención política humana que podía no haber pasado. El 25 de Mayo de 2014 podía no haber sucedido y lo que está sucediendo en este año no está escrito en absoluto. Esto no es una invitación al utopismo ni al voluntarismo del tipo "la Historia la haces tú, sólo hace falta que te lo propongas". No es una de esas cosas de autoayuda. Hay condiciones previas que facilitan o dificultan, pero no hay causas necesarias ni objetivas que produzcan ningún acontecimiento político. Hay luchas, negociaciones, encajes raros, elementos aleatorios. Y la segunda pata conceptual es la de la hegemonía, es decir, el significado que reciban las cosas y de qué manera eso agrupe a los ciudadanos entorno a diferentes posiciones o construyen unas fuerzas u otras, y por tanto los equilibrios de fuerza se vayan moviendo. Eso es siempre el resultado de una lucha política por la cual algunos son capaces de reunir en torno a sí mismos voluntades más amplias.

En otro plano, o más bien como reflejo de la lucha por el sentido (porque para mí tiene primacía explicativa) está lo institucional. Lo institucional como reflejo de ese movimiento permanente de equilibrios, desequilibrios, encuentros, desencuentros, negociaciones y choques entre grupos sociales o entre voluntades, entre actores. Ahí incluyo también a lo electoral, que tiene una lógica propia marcada por la inercia o autoreproducción, y con una tendencia siempre –muy con Rancière– de borrar sus propias trazas, es decir, de que todo poder consolidado borre siempre el hecho de que ha sido el resultado de decisiones más o menos arbitrarias que podrían no haber sido así. Decisiones por las cuales se ha impuesto un grupo sobre otro a la hora de conciliar los intereses, pero que uno ha primado un poquito más.

Para que no quede tan abstracto, pongamos el ejemplo de la discusión actual sobre la Constitución Española de 1978. Fruto de su interpretación restrictiva por parte de las oligarquías, llega un agotamiento, un cierto colapso del modelo político al que ahora hay que el empuje de las fuerzas de cambio en sentido contrario. Por eso hay sectores del propio régimen que ya empiezan a asumir que quizá tenga sentido que se reforme la Constitución. Cuando no lo hacían, cuando la Constitución era una cosa intocable, lo que se estaba discutiendo era lo de siempre: negar que ese conjunto de dispositivos jurídicos, instituciones y acuerdos que hemos consagrado en texto legal, sea el resultado de un equilibrio de fuerzas, y que cuando cambie el equilibrio de fuerzas puedan cambiar su sedimento institucional y jurídico. Pero como todo orden, como hace todo orden siempre, intenta borrar sus trazas y decir: "no, este Pacto no es el resultado

de un equilibrio de fuerzas determinado que cuando cambie el equilibrio puede cambiar el pacto, ¡no!, este pacto es una cosa buena en sí misma, permanente, universal y atemporal". Me parece que hay algo de eso en todo ejercicio de todo poder político. Claro, en este caso han sido ellos mismos los que han vulnerado ese pacto de tal manera que han abierto la posibilidad a una contestación ciudadana democrática pero casi de signo conservador. Digo conservador no en términos ideológicos. Lo digo para matizar cuál es el alcance posible de esta posibilidad de cambio político, que no es un auge revolucionario e insurreccional que diga que las normas sólo ocultan el dominio de unos pocos, sino que lo que está diciendo fundamentalmente es que el dominio de unos pocos se les ha ido tan de las manos que se ha puesto por encima de las normas, de sus propias normas.

"Al empezar a mover la lucha por el sentido se ha visto hasta qué punto el edificio no era tan sólido"

Aunque yo le concedería primacía a ese primer momento político del conflicto, de los diferentes encajes por la hegemonía, y luego miraría su reflejo en las instituciones, en los diferentes entramados estatales, en los acuerdos jurídicos. Durante mucho tiempo hemos estado viviendo en un panorama político, en un paisaje político en el que como lo primero casi no se movía, esa especie de magma por debajo, parecía que no se movería lo segundo, la institucionalidad. Parecía absolutamente inamovible y eterna, una construcción institucional que va estar ahí siempre. Cuando se ha empezado a mover la lucha por el sentido y cuando se han empezado a mover las razones por la que la gente atribuye qué es lo bueno y qué es lo malo, a qué tengo derecho, quiénes son ellos y quiénes somos nosotros, cuáles son las razones por las que nos unimos o desunimos. Cuando eso se ha empezado a mover, hemos visto cómo un poquito, tampoco muchísimo, pero un poquito de movimiento ahí ha producido resquebrajamientos en el orden institucional, pequeños temblores pero que han hecho ver hasta qué punto el edificio no era tan sólido.

El papel de las Ciencias Sociales y el cambio social

Entrando en el campo de las Ciencias Sociales, un elemento interesante a la hora de interpretar el fenómeno de Podemos es el uso práctico de herramientas como el análisis del discurso en la construcción y resignificación de un "sentido común". Por ejemplo a través de la utilización de términos hoy generalizados como el de "la casta". ¿Qué nos dice esta experiencia sobre el rol del científico social?

Me parece que es una cuestión apasionante, además me parece que es algo que los científicos sociales deberíamos reivindicar. Cuando empecé a acudir habitualmente a los medios de comunicación, justo después de las elecciones europeas en las que fui el jefe de campaña de Podemos, una cuestión recurrente era que querían saber cuál había sido la receta mágica. ¿Cuál es el ingrediente mágico que hace que una campaña electoral sin dinero, sin apoyo institucional... consiga 1.250.000 votos y patee el tablero político español o, al menos, le dé una buena sacudida?

Claro, y uno no puede parecer arrogante, pero es que la receta es estudiar. Lo que pasa es que es algo que durante mucho tiempo se ha olvidado en la política española porque como era una política en la que las cosas se movían poco, los grandes consensos ya estaban fijados y además el mecanismo fundamental de ascenso dentro de las organizaciones políticas era "No molestes", "No incomodes", "Estate siempre en el lado de la mayoría", "Espera tu turno"... pues llegaban a ser presidentes de partidos señores cuyo mérito fundamental es que nunca se les conoció una idea antes, que no eran audaces, que no molestaban a nadie. En fin, voy a ser pudoroso y no voy a dar ejemplos de esto, pero creo que no es difícil encontrar ejemplos. De tal manera que si bien ese tipo de politiquería en corto sirve para los periodos de estabilidad en los que básicamente las grandes decisiones están tomadas fuera de los ámbitos políticos oficiales y basta con que las escaleras mecánicas te lleven, en los momentos de crisis orgánica –y nosotros diagnosticábamos que éste es un momento de crisis de Régimen– se abren posibilidades para iniciativas políticas diferentes que inician cosas que parecían imposibles antes. Claro, esto no está escrito en ningún sitio, puedes perfectamente fracasar. Así que en realidad hay siempre una combinación de tres cosas: una, estudio y análisis correcto; dos, "narices"; y tres, suerte.

Sin estudio repites lo que hay y te mueves dentro de lo existente, no impugnas que el reparto de posiciones sea el que hay. Creo que, humildemente, una buena parte de las fuerzas de izquierdas aceptaban, seguramente de forma involuntaria, un reparto de posiciones, una primacía del lenguaje y una dominación cultural de los que mandaban, que hacían imposible el cambio. Dejaban a los sectores dirigentes ordenar el tablero y se ubicaban en las posiciones que éstos les

reservaban. "Tu qué me dejas a mí, ¿el 2% del margen izquierdo del *tablero*? Pues yo me ubico en el 2% y peleo por unificar unidad a unidad de todos los que ocupamos el 6%". Y eso no creo que fuera por ninguna maldad, creo simplemente que había que atreverse a leer que había un momento de desmoronamiento de las lealtades viejas y que en un momento así uno puede lanzar iniciativas que las reconfiguren en un sentido que parecía imposible antes. Pero obviamente hay un componente de estudio. Tengo que decir que eso es posible porque una buena parte de quienes lanzamos la iniciativa, bebemos de un arsenal producido durante varios años, durante varios años de trabajo en silencio. En ese silencio que le corresponde normalmente a la academia, de trabajo que nadie lee, de seminarios a los que no va nadie, de programas de debate que ven 600 personas... pero que es insustituible. Hay ahí un problema que está muy olvidado en la política española: hay que estudiar y a veces hay que sustraerse un poco al ruido mediático permanente. Esta vorágine que te obliga a estar a la última de qué declaración ha hecho el último político o cuál ha sido la última novedad que caducará en 24 horas. Tienes que leer cientos de titulares todos los días, pero no estudias, y sin estudiar no pones esas noticias en contexto y puedes perder la perspectiva: ver cada momento como un episodio de un proceso más amplio, de cambios en los equilibrios en la sociedad y el estado español.

Luego hay una parte que tiene que ver con la audacia, con la suerte y con el atreverse a decir "voy a lanzar una cosa que toda la izquierda va a decir que está condenada al fracaso y que está fatal". Y además en mitad de la campaña resulta que le voy a poner la cara del candidato a la papeleta para que muchas personas muy, muy inteligentes llenen sus muros de *Facebook* diciendo "Qué error han cometido", "Se creen que esto son otras latitudes", "No va a funcionar"... No se trata de una arrogancia de decir "Tengo razón", se trata de que en política las cosas hay que probarlas, la única manera de saber si tengo razón es probarlo, es arriesgarse. Pero esto no por creer que *a priori* tienes razón, sino porque lo que diferencia una opinión de una intervención política es que con la intervención política te la juegas, te puede salir bien o te puede salir mal, pero hay que jugársela. Hay que poner las intuiciones o las opiniones a trabajar porque si no son siempre opiniones de bar o de *Twitter* y las opiniones de bar nos condenan a la impotencia melancólica o la impotencia cínica.

¿Cuál es el problema? Que eso se hace pero una vez que te metes en la vorágine, la vorágine casi no te deja hacerlo, casi no te deja regresar a ese tipo de trabajo que te era tan necesario. Y te notas a veces tirando un poco de las rentas... de cuando teníamos tan escasa incidencia social que nadie nos molestaba y podíamos durante horas pensar, leer, escribir. Ese trabajo es fundamental pero claro, resulta que ahora tengo más dificultades para hacerlo.

Hacíamos análisis e hipótesis elaboradas, colectiva y sobre todo individualmente. Pero a partir del 25 de Mayo, que es cuando todo más ha cambiado, es justo cuando tú estas en peores condiciones de tiempo y de subjetividad para mirar con una cierta distancia y hacer análisis. Es muy difícil ser protagonista y analista a la vez y mantener las dos visiones. Hay una lógica propia del análisis –que levanta la cabeza un poco por encima del día a día- y otra propia de la intervención de la disputa del día a día en condiciones a menudo no elegidas. Hay que saber operar en los dos registros y traducir de uno a otro.

Me acuerdo que en un acto de Podemos estuvimos dándole vueltas a la simbología, a las canciones y a los referentes culturales para esa posibilidad de una identidad política nueva. Dos días después, pensando eso en casa después de un acto, puse en un *tweet* algo así como “para la nueva voluntad popular hacen falta nuevos símbolos, nuevas canciones, nueva estética...”. Me lo retuiteó Hermann Tertsch y entonces se convirtió en una especie de escándalo porque los que lo leían lo hacían en un sentido norcoreano, como si yo quisiera desterrar toda la cultura que existe e imponer una historia nueva; lo leían en una clave totalitaria que no tenía nada que ver con lo que yo decía. Yo obviamente me refería a la disputa intelectual y estética de producir nuevos artefactos culturales que vehiculen una construcción de pueblo. Pero ahí es cuando te das cuenta y piensas “yo ya no me puedo permitir esto”, o por lo menos no me lo puedo permitir en abierto, porque hay una lógica de la reflexión y una lógica de la intervención política, y hay que saber delimitar en qué momentos usar una u otra. Creo que si te mueves sólo en el terreno de la intervención, te quedas en la coyuntura y en la gestión de lo pequeño. No innovas, no abres el horizonte, no peleas, no abres posibilidades. Pero si solo te mueves en la otra eres un friki con escasa capacidad de influir, te tienes que mover siempre entre ambos terrenos, pero ese equilibrio tiene mucho que ver con el olfato, con la virtud...

"Como en los movimientos sociales como durante muchos años no se podía discutir el *qué*, hemos discutido eternamente sobre los *cómo* y los procedimientos"

Nos gustaría preguntarte también por la paradoja que se establece entre, por un lado la reivindicación de un sentido común o “la hora de la gente” y por otro lado, la elevación del discurso experto. ¿Hay una tensión evidente entre la dimensión participativa de construcción colectiva y el discurso del experto? ¿Cómo interpretas esa relación?

Claramente hay una tensión entre ambas formas de construir conocimiento, que afecta en gran medida a lo organizativo y la toma de decisiones. Cuando eres un actor contrahegemónico, claramente no puedes elegir la mayor parte

de las condiciones del enfrentamiento. Ni las condiciones ni los ritmos que el adversario te impone. Unos ritmos y unas condiciones que son poco favorables a las formas de construcción política más lentas que tratan de socializar el conocimiento. Este es el escenario en el que te tienes que mover y creo que ahí es bueno no hacernos trampas y asumir, al igual que en lo organizativo, que no hay un modelo de solución de esa contradicción que la resuelva para siempre y que sea perfecto.

Yo últimamente soy más partidario de pensar sobre qué es lo que queremos hacer en esta fase concreta y después de discutir el *qué*, abordar los *cómo*. Creo que en los movimientos sociales, como durante muchos años no había nadie que se animara a decir qué era lo que había que hacer, como no se podía discutir el *qué* por un cierto bloqueo del horizonte político, hemos discutido eternamente sobre los *cómo* y los procedimientos. ¿Qué? No lo sé, pero horizontalmente, ¿qué? no lo sé, pero despacio... Me atrevo a hacer caricatura porque es un espacio del que provengo. No es una crítica despiadada, es más bien una autocrítica. En este caso nosotros hemos decidido invertirlo. Decir, por una parte, que en esta fase concreta las prioridades son una serie de batallas políticas electorales que van a ser decisivas para la reconfiguración política en España. Decisivas para ver si esta reconfiguración es por arriba en forma de restauración oligárquica, o en forma de apertura más o menos constituyente para abajo. Y, por otra parte, esa pelea de construcción de un pueblo, de construcción de una voluntad colectiva nueva.

Ahí hay siempre una contradicción y una de las mejores formas de gestionarla es el reparto de tareas, asumir que no todos hacen todo. Eso significa que es muy posible que haya muchas buenas cabezas, muchos compañeros, mucha gente que no esté implicada en la primera línea del combate mediático electoral y político de la coyuntura, y que sin embargo pueda hacer un trabajo magnífico en una construcción más lenta, más sólida, más enraizada en lo territorial. Que no va a ser la definitiva en esta primera oleada, pero que va a ser absolutamente crucial en la siguiente. Entonces asumir que no todo el mundo puede estar a todas las cosas y que a nadie, a ningún actor político, uno le puede pedir la solución de todas las necesidades históricas para las posibilidades de avance democrático en un momento dado, sino que se trata más de repartir las tareas, de asumir que no llegamos todos a todos lados.

Esto ha sido siempre un clásico en todas las organizaciones que han trabajado por el cambio político en un sentido popular o democrático: el adversario te cita en terrenos que te obligan a moverte en códigos que no siempre son los tuyos. Por ejemplo, la locura de la actualidad informativa que hace que te pidan una declaración inmediata de cada cosa que pasa. Ahora creo que están cambiando, pero creo que durante mucho tiempo las CUP en Cataluña han representado

la voluntad de no dejarse arrastrar por ese tiempo de la política mediática y mantener un ritmo propio aun a sabiendas de los costes. Nosotros, por ejemplo, hemos entrado más en ese tipo de combate y su ritmo, porque entendemos que éste es un ciclo corto en el que hay que correr, pero implica lidiar con la tiranía de la coyuntura. Hoy, matan a 12 personas en la revista *Charlie Hebdo* en París; "-¿qué opina de eso?" "-Pues no sé, me parece fatal, obviamente". Es esta exigencia de tener una opinión inmediata sobre todo, pero destinada a olvidarse mañana. Y ahí hay dos ideas que a mí se me vienen a la cabeza. Por una parte, si tu privilegas la construcción hacia dentro o la suma hacia fuera. Hay modelos que son aparentemente muy democráticos porque están diseñados fundamentalmente para satisfacer a la comunidad militante, así que son muy buenos resguardando la comunidad militante, pero muy malos permitiéndote la expansión hacia fuera. Somos un 5%, un 20%... y tengo unas formas de organización y de relación social que privilegian mucho a los que están dentro pero que me dificulta mucho seducir a los de fuera. O a la inversa : construir una maquinaria más capaz de seducir a los de fuera, pero sabiendo que eso puede implicar también exigirle sacrificios o renunciias parciales, generosidad a los de dentro. Y, por otra parte, está la cuestión de la necesidad de producir conocimiento o discurso en dos planos: hay un plano de la batalla táctica y un plano de la batalla estratégica.

En la batalla táctica libras una serie de disputas con una serie de términos, pero alguien tiene que ir preparando la estratégica, alguien tiene que ir preparando la posibilidad de que haya temas, que hoy son difícilmente defendibles, pero que dentro de unos meses sí lo sean, y alguien lo tiene que ir sedimentando. Eso es un trabajo más lento, de más calado, de clases, de ponencias, de artículos, de pedagogía militante. No es la pelea de la primera línea pero que es la que te va a permitir que dentro de unos meses o años estés disputando en primera línea esos temas. Diría por eso que hay una articulación, que no a todo el mundo se le puede pedir todo, y que tiene que haber un cierto reparto del trabajo. Lo que pasa es que venimos de una situación de tal debilidad política y cultural que nos hace falta todo de inmediato, y por tanto a todo el mundo se le pide todo: te hace falta la movilización social, la construcción en el territorio, el trabajo cultural, te hace falta el trabajo intelectual de más largo recorrido, te hace falta el trabajo de la intervención político-mediática...

"Si uno relee el artículo de 2011 y luego ve Podemos, no dice que Podemos estuviera ya diseñado, pero sí percibe un itinerario intelectual por el cual algo como Podemos podía ser imaginado, tener sentido y ser incluso deseable"

La “sacudida” del 15M y Podemos en la política española

Ahora que hablas de lo necesario de lo contingente y volvías a aludir a los cambios que han sucedido después del 15M y después del 25 de Mayo... hablabas de la abdicación del rey, el cambio de liderazgo en uno de los partidos de la oposición. ¿Hasta qué punto es sólo correlación y no causalidad? Decías que el 15M es algo que podía no haber sucedido, y quizá todo lo demás, la abdicación, los cambios de liderazgo... quizá todo eso habría sucedido incluso sin 15M o sin Podemos. No lo sabemos. Pero... ¿hasta qué punto podemos atribuir causalidad al movimiento 15M? ¿No es un poco atrevido atribuir todos estos cambios todas estas pequeñas “victorias” al 15M?

Bueno, no me refiero tanto a que una movilización de cientos de miles de personas haya hecho temblar el conjunto de las estructuras, sino que me fijo más en los cambios moleculares en el sentido común de época, que reflejan pero también profundizan un momento de crisis orgánica. Son una serie de modificaciones pequeñas en las percepciones y los consensos, que han permitido que se imaginen posibilidades políticas diferentes. Sin estas transformaciones no habría existido Podemos, que se ha ofrecido como catalizador para que cristalicen en una voluntad política.. Ya en el artículo de 2011 hay algo de esto: de la posibilidad de articulación populista del descontento. Si uno lee y luego ve Podemos, no dice que Podemos estuviera ya diseñado, pero sí percibe un itinerario intelectual por el cual algo como Podemos podía ser imaginado, tener sentido y ser incluso deseable.

Entonces me decís “Bueno, imaginemos el contrafáctico”... Mi sensación es que por una parte las instituciones particularmente el sistema político español son poco dadas al cambio, tenían pocos motivos para el cambio y, en concreto, las elites políticas intelectuales y periodísticas estaban bastante satisfechas de haberse conocido y estaban bastante tranquilos con respecto a la posibilidad de que alguien impugnara el régimen. Con una cierta tranquilidad por la cual construimos estabilidad ocupando papeles en las que nos peleamos un poquito y construimos la alternancia, pero las grandes cosas están ya establecidas y esto no va a venir nadie a modificarlo, porque las movilizaciones se habían convertido como mucho en un problema de orden público. Además, creo que está pendiente hacer –yo no la he hecho, y me encantaría poder hacerlo– una cierta historia o reconstrucción de la élites intelectuales españolas o de las élites mediáticas de los creadores de opinión y el hecho por el cual, digamos, la generación que hizo eso y ocupó cuestiones de poder durante la transición ha servido durante mucho tiempo de tampón. Es decir, gente que empieza a mandar con 25 años en la transición y que sigue mandando con 65. Esto no lo digo como

una especie de hambre generacional que dice “no nos habéis dejado paso”, sino para entender por qué a la sombra de esas élites ya muy envejecidas, y que defiende la construcción del sistema político español y la transición casi como un hecho biológico, como una biografía propia que no se podía haber hecho mejor, a la sombra de esa élite no ha florecido nada particularmente brillante. Tampoco había mucho espacio y por tanto el sistema político y cultural en España no había producido, o yo por lo menos no veía, esas posibles élites que encabezaran una renovación a la que no hubieran sido empujadas. El sistema había demostrado muy poca capacidad de autorreforma.

Imaginémonos que no sucede esa pequeña sacudida por la cual ciudadanos a los que no se nos esperaba decimos que el sistema político español no da más de sí tal como está, imaginémonos que no sucede ese clima que llamamos 15M. Pues sospecho que sin esa sacudida hay muy pocos sectores y con escasísimo vigor al interior del sistema que hubieran podido protagonizar una suerte de renovación controlada. Tampoco tenían incentivos, creo que estaban relativamente tranquilos. Claro que hay gente que está harta y hay alternancia entre los partidos del régimen, pero la primacía de los sectores oligárquicos no depende de esa alternancia, está a salvo así de lo que decidan los ciudadanos y se reproduce de manera normalizada. Es decir, en general el edificio estaba, o por lo menos ellos pensaban que estaba bastante sólido. Si uno revisa el tipo de comportamiento con los que las élites viejas se referían al 15M, encontramos algo que ahora nos gusta mucho recordar: cuando con arrogancia decían “¡qué fácil es protestar, preséntense ustedes a las elecciones!”. Que lo decían con una cierta mordacidad casi burlona, como diciendo... “¡que fácil es protestar, veremos cuántos diputados sacan!”, o “esto va a ser flor de un día”. ¿Y a qué responde eso? Insisto, no lo hago con fines propagandísticos sino con fines de reflexión, creo que responde a la soberbia de una elite que se creyó que iba a monopolizar la política y las palabras en España, que creyó que había cancelado la historia. Según el relato de las élites, la última epopeya colectiva fue la Transición, y en adelante lo que toca es el transcurrir de un tiempo plano en el que hay gestión y matices, en un sentido u otro, de un orden que se pretende eterno. Y de repente reciben una sacudida. Yo creo que no había muchos factores endógenos para que lo pudieran prever y adelantarse. Claro que habría habido cambios menores y relevos, pero me da la sensación de que salvo esa dinámica de lo inesperado que es siempre un punto de la política salvaje y de la política popular, salvo esa irrupción de lo inesperado, todo conspiraba para que las cosas siguieran prácticamente igual y para que el descontento fuera un descontento sordo que se va de España, que se queja en el fútbol, que se queja en los bares, que consume antidepresivos, que se droga como ninguna otra juventud en Europa... Una suerte de descontento sordo y políticamente impotente y en todo caso reactivo y que cede la iniciativa a las élites.

¿Y no te da la sensación, Iñigo, de que previamente a la aparición del 15M sí habían aparecido, incluso desde las propias élites políticas, discursos regeneracionistas no en el plano económico –porque aún no había estallado la crisis–, pero sí con respecto al orden institucional, al orden político, la corrupción? Incluso con nuevas formaciones políticas como UPyD o Ciudadanos, que son gente que también viene de plataformas ciudadanas, aunque en otra esfera algo diferente a lo que puede representar el movimiento 15M. ¿No crees que hablar de consenso de mínimos, de reforma de la ley electoral, lucha contra la corrupción, hablar de transparencia, de control de los cargos públicos, de responsabilidad... no crees que es un perfil muy regeneracionista? ¿Hasta qué punto no crees que estaba ya en la sociedad civil una ventana de oportunidad también a nivel institucional para poder jugar a las alianzas, un poco al margen de lo que es la lucha política parlamentaria?

Me parece muy pertinente porque además así evitamos explicaciones monocausales que son siempre falsas. Hay que atreverse a poner siempre causas y ordenarlas, decir que todo es muy complejo es una respuesta que podría responder cualquier frase dicha en cualquier momento y lugar de la historia de la humanidad pero es verdad, así que no sirve para nada, pero ciertamente, no hay una sola causa para este proceso político en marcha.

El sistema político español daba algunas muestras de desgaste, incluso antes del impacto de la crisis económica, y esas muestras se expresaban políticamente en un cierto regeneracionismo. Ahí quizá haya una diferencia fundamental entre un regeneracionismo que exonera de toda culpa a la oligarquía española, un regeneracionismo que le promete a la oligarquía española que puede haber cambio político sin tocar en modo alguno el reparto de poderes en España. Podemos construir actores políticos que lo hagan de formas diferentes, pero esto no tiene nada que ver con el reparto de poder, en el cual las mismas familias monopolizan el grueso del poder en los sectores energéticos, en el sector financiero, en los sectores de la banca, en los sectores de las comunicaciones... eso no se toca. Claro que había propuestas de regeneracionismo conservador que mantenían eso al margen, y decían efectivamente que los dos partidos necesitaban una sacudida. Por otra parte se estaba dando después de muchos años un cierto desgaste aunque sólo fuera por el ejercicio de poder de esas dos formaciones. De hecho en Europa también hemos vistos casos así, de signo político muy diferente, pero en el que las dos formaciones que se alternaban tienen un desgaste por el cual, si hay posibilidad por la ley electoral, se traduce en una tercera fuerza. Porque en realidad hasta ahora en España no tenemos tercera fuerza, tenemos dos fuerzas y luego un conjunto de minorías.

Es verdad que eso se venía dando claramente, lo que pasa es que de repente irrumpe la crisis económica. La crisis, por una parte, multiplica los dolores, multiplica las quejas y las insatisfacciones y además lo multiplica entre sectores sociales que se creían que no iban a estar afectados, ahí el empobrecimiento de los sectores medios es crucial por la capacidad de movilización y de la creación de opinión pública que tienen estos sectores. Lo cierto es que estos sectores medios tienen una capacidad muy superior a la de otros para expresar y encarnar el malestar del país. Por ejemplo está el mito de "soy ingeniero, hablo tres idiomas y me tengo que ir a Londres a buscar cualquier trabajo", y este mito conmueve mucho, mientras que durante mucho tiempo hemos tenido temporeros que se tenían que ir a Francia a trabajar y hacer jornadas agrícolas allí. Ese segundo mito, por razones de subalternidad cultural, no conmovía igual que el joven muy preparado que se tiene que ir fuera. La clase media, y esto no es ninguna novedad, siempre es el sostén de la estabilidad y tiene una especial capacidad para generar opinión pública y para identificar su retroceso y su empobrecimiento con una crisis general de la nación. "¿A dónde va un país que expulsa a sus cirujanos?" ¿Y un país que expulsa por ejemplo a sus camareros, que tienen que trabajar aquí en verano e irse fuera? Los camareros no tienen esa posibilidad, escriben menos artículos, no escriben blogs, tienen menos horas para movilizarse, tiene menos amigos conocidos que les hacen un reportaje en *Salvados*...

"Lo que tiene más impacto en términos políticos es la crisis de expectativas: la brecha entre el relato de aquello a lo que teníamos derecho y lo que hay al final del camino"

En suma, que la clase media tiene siempre más capacidad de influencia política y cultural. Y su empobrecimiento además conlleva la quiebra de un pacto generacional, es la quiebra que siente también la otra generación. Un país tan empobrecido como España en el que la generación de nuestro padres, e incluso abuelos, dicen "joder yo he hecho muchos sacrificios que los proyectaba en la siguiente generación que era la que iba a vivir mucho mejor". Cuando eso se quiebra hay una sensación de estafa que no tiene que ver tanto con cómo esté tu situación concreta, sino que lo que tiene más impacto en términos políticos es la crisis de expectativas: la brecha entre el relato de aquello a lo que teníamos derecho y lo que hay al final del camino.

Esa fractura, ese desplome de las expectativas produce una sensación de indignación, que a la vez se produce en el momento en el que los poderes políticos por voluntad propia, por haber aceptado el programa austeridad y de sumisión a la *Troika*, tienen que responder a más dolores que nunca en un momento en el que además tienen menos recursos que nunca para responder a

ellos. Esa frustración de expectativas y sensación de que han sido las élites las que han roto el pacto, está en el corazón del ciclo de protestas que se abre con el 15M, que luego se expande de formas muy diferentes y que impacta también a los que no salen a protestar. Este impacto es el decisivo porque generaliza una interpretación de la crisis, también entre los que no se movilizan, que la politiza en un sentido democrático-popular y no, por ejemplo, en un sentido reaccionario o antipolítico.

"El impacto decisivo del 15M es el que afecta también a los que no se movilizan, que los politiza en un sentido democrático-popular"

Meritocracia, clases sociales y “los de arriba” o “los de abajo”

Al hilo de esto que comentas de las aspiraciones de la clase media y el mito de la meritocracia, y sobre todo en relación a tu artículo de 2011, hablabas allí de significados flotantes y respecto a la estructura social uno de los principales es el arriba-abajo, lo que en Estados Unidos fue luego el “*We are the 99%*”. A este respecto queríamos preguntarte cómo operacionalizar este “los de arriba” y “los de abajo” desde el punto de vista del científico social. Es decir, ¿quiénes son “los de arriba” y quiénes “los de abajo”? ¿hablar de arriba y abajo supone dejar de hablar de clases sociales? ¿no supone pasar por alto las diferencias dentro de “los de abajo”? Y por otro lado, ¿qué significaría lo que decías en el artículo de “barajar y repartir de nuevo”? ¿Significa que los que estaban “abajo” tienen que pasar a estar “arriba”?

Con respecto a lo de la meritocracia, claramente predomina la idea de meritocracia, pero creo que todos los nombres pueden jugar significados políticos muy diferentes y éste no es una excepción. Yo provengo de una tradición que se acerca al concepto de meritocracia con una cierta sospecha, que lo ve como un concepto conservador, así que cree que puede jugar un papel tendencialmente conservador siempre en la batalla política. Y sin embargo yo creo que es susceptible de jugar el papel totalmente contrario, por ejemplo. Más allá de lo que haya significado en la historia de Europa, este entronizamiento del ascenso social individual por méritos propios y no por derechos de ciudadanía o por derechos de clase, yo creo que puede jugar un papel rupturista en un sentido incluso popular. El ejemplo más claro y más cercano en el tiempo es el caso ecuatoriano, en el que la destitución de las elites y de las oligarquías asociadas a las elites se ha hecho el nombre de una suerte como de gobierno de los mejores

y los más preparados, y esto, que parece sonar conservador, sin embargo ha servido como una cuña progresista para hacer saltar por los aires el equilibrio de poderes entre los partidos tradicionales y los grupos de poder económicos asociados a ellos.

Creo que en nuestro caso, en el Sur de Europa y en particular en España, ha habido una apropiación de las instituciones que tiene rasgos claramente mafiosos, es decir, nosotros no tenemos una burguesía particularmente emprendedora y capaz de desarrollar proyectos de modernización económica y política, y ése ha sido un rasgo que ha marcado nuestra historia. Lo que hemos tenido normalmente ha sido una oligarquía cuyo desarrollo económico ha estado asociado a su vinculación estrecha con el poder político que le daba regalos y le blindaba los privilegios y, por tanto, que jugaba más un papel de subdesarrollo que de desarrollo nacional. Esta relación endogámica se ha extendido a los vínculos entre el poder político y el poder judicial, entre el poder político y los medios de comunicación, en el uso de las instituciones como cortijos privados de los partidos políticos determinados. Ha revestido un carácter, ya digo, de tipo de trama mafiosa que hace que incluso ciudadanos muy partidarios del orden y de la estabilidad dejen de ver en los sectores dominantes la representación de la estabilidad y del orden. Es decir, que puede no ver ya en los que mandan la defensa sino la amenaza de la institucionalidad. Es que podríamos haber llegado a una situación en este país en el que la mejor forma de ascender no fuera con ningún mérito sino con un amigo y con los favores de y para el poder político. Esto, en tiempos de escasez, mina la lealtad de una parte de los sectores medios y profesionales.

El combate político me ha enseñado hasta qué punto hay detalles muy pequeñitos que a veces ilustran realidades como más grandes. Por ejemplo, los paradigmas del "Pequeño Nicolás" o de Urdangarín yo creo que no son bromas, son paradigmas de un tipo de forma de ascenso social en España. Yo siempre me he preguntado: "¿A nadie le sorprende por qué le es tan fácil?" Es decir, cómo un tipo manda un correo y dice "soy el yerno del rey, así que quiero un tanto por ciento que me lo tienes que ingresar a mí que yo te voy a representar...". Hombre, pues porque ya está engrasado, porque ese camino ya ha sido transitado muchas veces, por eso él cuando manda un mail nadie le contesta "¿perdona?". Es un modo de ascenso social, es un modo de relación entre el poder político y el poder económico. Por eso nuestra denuncia de la corrupción, que además evita un uso conservador de la corrupción digamos un uso antipolítico, no es una denuncia moral, es una denuncia de cuño antioligárquico. La corrupción es el engrasante que pone en común a los grupos económicos con el poder político y que hace que gobiernen los que no se presentan a las elecciones. Eso produce que la meritocracia y una cierta defensa de las instituciones de pronto y paradójicamente revistan un

potencial rupturista. Que de repente uno pueda dibujar una confrontación entre las elites y el estado de derecho, que es claramente lo que evita que los sectores medios o los sectores más acomodados y más tendentes al orden tengan miedo frente a la posibilidad de cambio político, y en cambio digan "ah no, no, si es que en realidad quien ha secuestrado la democracia y han roto los pactos han sido ellos, la minoría privilegiada y corrupta".

"La meritocracia puede jugar un papel inesperado, de denuncia de las tramas mafiosas y en favor del cambio político"

Así que la meritocracia, aunque tradicionalmente haya sido asociada al pensamiento conservador, puede jugar hoy un papel de denuncia de las tramas mafiosas y a favor del cambio político para sectores tradicionalmente que han sido fundamentales para la reproducción del bloque histórico dominante. En todo caso, si me disculpáis la digresión, uno de los problemas de las experiencias transformadoras de signo popular –pasadas y presentes- ha sido olvidar hasta qué punto la motivación individual, la competición y una cierta preparación individual para el ascenso, es fundamental y contribuye a la eficacia.

Volviendo a lo que nos ocupa, una parte de la impugnación que se le hace a las viejas elites políticas tiene que ver con que se han saltado las normas y se habían acostumbrado a mucha endogamia, a tratar con gente igual de mala y de mediocre que ellos y por eso ahora están relativamente descolocados. Y os pongo un ejemplo muy , a mí ha habido gente que me ha dicho "ah pero ¿tú te preparas los debates en la tele?" Pues sí, no es que me encierre durante una semana pero tengo por costumbre, si van a preguntarme algo, estudiármelo un poco. Me parece lo normal. Sin embargo, ellos se han acostumbrado durante mucho tiempo a que daba igual, porque la política estaba adormecida y la mediocridad, así, era lo habitual. La endogamia de las élites ha mermado su capacidad.

"Las identificaciones políticas no dependen de las posiciones que ocupa cada uno en la estructura social. Son factores que pueden influenciar pero que no lo predeterminan. Se trata más bien de relatos compartidos"

Respecto al arriba-abajo y las clases sociales... sobre esto la reflexión intelectual y la práctica política han reformado mi visión desde que escribí el artículo. Es una perspectiva que parte de un presupuesto de autonomía de lo político, es decir, de que las identificaciones políticas no dependen de las posiciones que ocupa

cada uno en la estructura social del país donde vive, de su posición en el reparto de riquezas o del sistema productivo. No dependen. Son factores que pueden influenciar en un sentido o en otro, pero que no lo predeterminan en modo alguno. Esos factores son ingredientes con los que no preparas cualquier receta, pero puedes preparar recetas muy diferentes o puedes no preparar ninguna. Ninguna acumulación de causas objetivas produce ningún fenómeno político. Con ellas luego se generan relatos que tienen un alto grado de plasticidad y que generan identificaciones del tipo nosotros/ellos. Ese es el enfoque del que parto, que está en el artículo que estamos revisando y que está reflejado en los trabajos que he venido desarrollando.

"En el 'arriba y abajo' la clave es la construcción simbólica de identidades políticas en la que lo más importante es quienes son ellos"

Preguntábais, y me parece que es crucial, cómo operacionalizamos el "arriba" y "abajo". Seguramente no se puede medir en términos estadísticos, no se puede definir quien está arriba y quién está abajo. Como también es imposible, por ejemplo, definir quién pertenece al pueblo... y en última instancia esa es la clave. La clave es esa construcción simbólica de identidades políticas en la que lo más importante en esa definición es quienes son "ellos", los otros. El signo ideológico fundamental que define el abajo es quiénes son *ellos*. ¿Quién define qué signo ideológico tiene la construcción del pueblo francés? Pues quien consigue fijar el adversario. Si lo construye por ejemplo Marine Le Pen el adversario son los inmigrantes junto con las élites de Bruselas, así que tienes una construcción populista de signo reaccionario. Pero por el contrario se podría construir un pueblo francés por oposición a las minorías privilegiadas que tendiera en este caso hacia una hegemonía de las clases subalternas y por tanto de signo progresista.

El otro día un señor me para y me dice "me encanta Podemos pero todavía tengo un poco de miedo. Te quería preguntar, vosotros decís que hay que ponerle más impuestos a los ricos, ¿a partir de cuánto dinero uno es rico?". Claro, ¿cuánto es? Y yo creo que ahí, esa pelea por fijar esa frontera es una pelea siempre, sé que abuso del término, pero es una pelea política. ¿Qué significa que sea política? Que es indefinible, irreductible a un número. Tú reúnes a la mejor comisión de expertos sociales en estructura social y económica de España, les metes tres meses a pensar quién es arriba y quién es abajo, y no te lo pueden resolver. Es un hecho, no voy a decir arbitrario, pero es un hecho de quién fija la frontera, de quién fija el sentido.

Y pese a ello, esa posición de primacía de la autonomía de lo político no puede,

en modo alguno, negar que haya desigualdades y negar que, además, las líneas de desigualdad son muy variadas. Tiene que ver con la región en la que vives, con la etnia, con si tienes un pasaporte español o no, con si eres mujer o si eres hombre, con tu nivel de formación, con el papel que ocupas en la estructura productiva... Hay muchas líneas, pero creo que la conversión de esas líneas en posiciones políticas sigue caminos que no tiene nada que ver con las lógicas ni con la estructura social ni de la economía; y si no que alguien explique el voto al Partido Popular en los barrios obreros de Madrid. Siguen lógicas propias de lo político, y siguen lógicas propias en la construcción de las identidades políticas y que claramente ahí hay una constitución de una identidad política. Ese "arriba" y "abajo" o ese "la gente decente" contra "la casta" es claramente la primera que ha puesto a los grupos privilegiados en aprietos desde hace mucho tiempo.

"Uno puede echar en falta un discurso que hable más en términos de clase, pero lo que hay que discutir es si ese discurso ayudaría más a acumular poder político para una redistribución de la riqueza y un programa económico de desarrollo más justo"

Uno puede echar más o menos en falta un discurso que hable más en términos clásicos de clase, pero lo que hay que discutir sería si ese discurso ayudaría más aquí y ahora a acumular poder político para los de abajo, para una redistribución de la riqueza y un programa económico de desarrollo más justo para España. Yo lo dudo, y el problema está en que hay formaciones que llevan ese discurso y han asustado bastante menos a los privilegiados de lo que le asusta un tipo de la ordenación simbólica de las posiciones que de repente les hace parecer viejos y con la que están muy incómodos. ¿Cuál es la mejor prueba que yo tengo de eso? Que cada vez que discuto con el adversario sé a qué temas y términos quieren volver desesperadamente. Yo tengo muy claro las palabras y los términos sobre los que ellos quieren discutir, son los términos con los que, gracias a la revolución conservadora de los ochenta, por primera vez en mucho tiempo los sectores conservadores fueron los sectores modernizantes, de tal manera que hablar con términos que en los 60 y 70 todas las Ciencias Sociales utilizaban, de repente a partir de los años ochenta, parece que eres un dinosaurio. Esto tiene que ver con un asalto intelectual conservador en la academia, en los medios... que ha marcado un terreno de juego en el que ellos ellos están extraordinariamente cómodos. Me acuerdo cuando la sucesión monárquica que, en cuanto discutíamos de si eso lo tenía que decidir toda la población o no, si tenía que haber referéndum o no, etc. ¿De qué querían hablar entonces los contertulios de la derecha? Pues querían hablar del color de la bandera, de símbolos históricos... como pidiendo "por favor, devuélveme al

marco de la transición que se hizo entre hermanos”. Ellos tienen muy claro en qué terrenos ganan. Nosotros decidimos hacer un uso laico de estos términos diciendo que los términos y los símbolos valen en función de lo que son capaces de evocar. No se trata de pragmatismo sino de que uno se compromete con los significados y no con los significantes. Es decir, lo importante es qué discursos son capaces de generar contrahegemonía y cercar tendencialmente a los de arriba. Al respecto creo que la experiencia política de estos meses (con todos los fallos y contradicciones que se quieran) demuestra cuáles han sido los términos y el tipo de construcción de sentido político que ha puesto más inquietos y más a la defensiva a los sectores dominantes.

En suma, no son operacionalizables. Más que, y yo ahí me pongo gremialista, con un enfoque estrictamente politológico; por ejemplo, como sucede con el término nación. ¿Qué es una nación? Cuando el nacionalismo español dominante dice “Los catalanes no tienen razón porque no son una nación”, pues yo diría, “mire usted, si tienes millones de personas convencidas de que son una nación, eso se llama nación”. Dirán “no, no, es que cuando reivindican 1714 eso es falso”. ¡Pero yo que sé si El Cid Campeador era verdadero o si los Reyes Católicos son el principio de una entidad nacional española! Y en última instancia ¿a quién le importa? No estamos ante una discusión arqueológica, sino de voluntad política. Es un relato colectivo que construye, pero que no sólo es un relato para la disputa electoral o retórica, sino que es un relato que tiene una importancia incluso institucional. De hecho, toda construcción nacional lo es en relación a un estado. En este sentido, la lucha de posiciones no se abandona nunca, está siempre sometido a batalla. Puedes pensar “pero necesitas un orden legal”. Por supuesto. Y lo he estudiado en los gobiernos progresistas latinoamericanos, incluso cuando llegas al gobierno y estando en el gobierno esa pelea la sigues teniendo todos los días, con cada regulación que quieres hacer, con todos los grupos de poder que se resisten como gato panza arriba... Y ahí siempre tienes que movilizar mayorías y, en cada país y cada contexto cultural, tienes que ver cómo es la forma con la que agrupar una mayoría muy amplia que permita debilitar a los que han disfrutado del poder hasta ahora e introducir reformas de signo democrático y plebeyo, tan radicales como te atrevas y como creas que la relación de poder te permite.

En el artículo estaba la metáfora de “barajar y repartir de nuevo” que, en ese contexto se refiere a cambiar el tablero. Es decir, a ser capaces de una reordenación de las posiciones por las cuales los partidos del régimen ya no ocupen la centralidad. Unas reglas de juego simbólicas, una ordenación de las posiciones políticas que no les permita encarnar a los sectores dirigentes el interés general: “yo soy el centro izquierda, el otro es el centro derecha y los demás se colocan a mis márgenes”. ¡Repartamos de nuevo las posiciones!

Ahora al decirlo me muevo en dos marcos temporales. El artículo argumentaba que hay un descontento transversal susceptible de recibir una identificación política nueva que no se ubica en las etiquetas donde ellos están cómodos y que, sin embargo, es transversal, seduce en campo hasta ayer ajeno. Creo que un tiempo después, más que la mayor o menor pujanza en las encuestas, destacaría la composición del voto de Podemos con un porcentaje sorprendente de la intención de voto proviene de antiguos votantes del Partido Popular. Eso es cualitativamente lo que demuestra que no estas ante una ubicación en el tipo de ordenación simbólica del territorio político que hacían antes las élites, que tú lo estas intentado impugnar, que al menos hay condiciones para pensar y atreverse a algo así, insólito hace unos años.

"Para que un cambio no sea sólo un relevo de elites creo que se necesitan instituciones y pueblo. Sólo la tensión popular empuja más allá"

Aunque en ese contexto signifique una ordenación diferente de las identidades políticas en España, ciertamente hay riesgo de que el cambio político sea la sustitución de unas élites por otras. ¿Cómo te vacunas contra este riesgo? Te vacunas contra este riesgo produciendo dispositivos institucionales que aseguren que la cosa va más allá, que no depende solo de la buena voluntad. Por ejemplo con la corrupción: ¿tenemos una casta particularmente corrupta? Sí. ¿Hay que echarla? Sí, por supuesto. Pero, acto seguido, no valdría para nada echarla si no desarrollas medidas institucionales. Un Defensor del Pueblo que pueda actuar de oficio, una Fiscalía Anticorrupción que tenga medios propios y que no dependa de los medios que le facilite el ejecutivo, unos jueces que tengan más medios...

En suma, de qué depende: por un lado, de instituciones mejores y más fuertes; por otro lado, de una cosa insustituible para que un proceso de transformación no sea un relevo de elites, hace falta pueblo, hace falta ciudadanía activa e implicada empujando más allá las transformaciones. Hemos visto muchos procesos de transformación y uno podría ver los procesos de transformación en América Latina y hay una diferenciación donde ha habido movilización que empuje y donde no. Ese empuje facilita que te saltes alguna barrera. Pero cuidado, que muchas de las transformaciones, por ejemplo la Revolución Rusa, será muchas cosas, pero también es un relevo de élites, de hecho es antes relevo de elites, es movilización popular unos días, relevo de elites y luego muchas transformaciones. No hay revolución sin relevo de élites pero un relevo de élites por si solo llega hasta donde llega. Así que para que un cambio no sea sólo un relevo de elites creo que se necesitan instituciones y pueblo con movilización y tensión popular que empuje más allá.

El 15M, los movimientos sociales, las instituciones y lo instituido

Un asunto que parece que ha cambiado bastante en este marco temporal desde 2011 a 2015 es el cambio de perspectiva sobre las instituciones desde posiciones contrahegemónicas. Cuando Democracia Real Ya se propone instituirse como partido político eso crea un rechazo tremendo; y, sin embargo, en el momento actual el tema de la nueva institucionalidad ha permeado en las lógicas de los movimientos sociales.

Desde hace años conozco mucho menos ese espacio político, y en todo caso me resulta muy problemática esa distinción entre lo político y lo social, me parece una herencia del liberalismo. Desconozco cómo se ha vivido en determinados ámbitos que rechazaron en el 15M cualquier opción electoral e institucional la evolución de Podemos. Seguro que hay de todo, hay ámbitos que lo han vivido con extrema hostilidad, otros que lo han vivido con sorpresa, otros con suspicacia y otros con mucha ilusión. No sé cuánto peso exacto tiene cada uno, pero sí me parece que ha habido dos factores que han influido en que ese cambio se haya producido: por una parte, un cierto desgaste y agotamiento del ciclo de protesta. El ciclo de protesta tocó un cierto techo en la capacidad cuantitativa de sacar gente a la calle y cifró sus posibilidades o bien en sacar mucha gente a la calle en fechas concretas, o bien en traducirse en una movilización digamos más molecular. Yo me acuerdo que fue una de las críticas en la revisión por pares a mi artículo, que decía "le presta poca importancia a lo que va a ser crucial para que el 15M siga marcando la agenda política de este país, que es que hay que ir a los barrios, las asambleas de los barrios...". Yo dije "es verdad, pero eso es una decisión metodológica", y expuse que eso iba a tener poco recorrido político, pero no lo deseaba en absoluto. A menudo se confunde lo normativo con lo descriptivo. Yo encantadísimo de que se constituyesen asambleas en cada barrio capaces de construir institucionalidad popular; pero me pareció que no iba a ser el factor decisivo para el cambio político.

Normalmente las instituciones de autoorganización popular surgen con más fuerza en estados débiles o en momentos de descomposición del estado, pero la nuestra es una crisis de régimen mas no de Estado. Haré un comentario malvado. Me gustaría ahora revisar el comentario de la revisión por pares y decir "creo que la decisión metodológica fue correcta", y que tenía más sentido pensar en las transformaciones producidas en la cultura de época del 15M que en esa nueva institucionalidad barrial que iba a cambiar España. El ciclo de protesta, tanto en movilización cuantitativa como en el intento de diseminación en los centros de trabajo, las mareas, la presencia del territorio, etc. tienen que cumplir una serie de etapas, pese a que al final del ciclo para alguna gente se

siembre la incertidumbre o incluso una cierta desesperanza. "¡Hemos hecho todo esto y no parece que esto acumule en un sentido de cambio político!", se podría pensar. Pero sólo cuando se agotan otras etapas, alguna gente empieza a mirar a otras opciones.

Por otra parte, durante ese tiempo se va produciendo la construcción lenta de ciertos liderazgos carismáticos y/o mediáticos, que empiezan a servir de referente para mucha gente que no ha salido a protestar, o que lo ha hecho pero de forma inorgánica e intermitente. Gente que no sale porque estuviera en la asamblea de su barrio del 15M sino porque decía "es verdad, no somos mercancía en manos de políticos y banqueros" o "es verdad, no hay pan para tanto chorizo"... Salieron a la calle en aquel momento pero luego se quedaron en casa, no estaban articulados políticamente, pero de repente empiezan a decir "esa chica que sale de los desahucios tiene más razón que un santo", "ese chico de la coleta dice lo que yo pienso". Es ese rol, que ya se ha apuntado, de liderazgo por arriba que sirve como catalizador para un descontento que por abajo estaba fragmentado.

"La hipótesis de creación de Podemos no buscaba reunir el descontento de los movimientos sociales sino hablarle al conjunto del descontento popular cuyo grueso está desorganizado y fragmentado"

Luego hay otra cuestión que hay que reconocer siendo honestos con el análisis. ¿Por qué la iniciativa Podemos puede desplegarse? Pues porque no convoca una asamblea para decidir si es útil o no. Se lanza y punto. Es decir, no busca el consenso entre los movimientos sociales para decidir si es una iniciativa útil o no. Es muy posible que si lo hubiera buscado hubiera salido que no, pero es que la hipótesis Podemos no buscaba reunir el descontento organizado de las minorías activistas, buscaba hablarle al conjunto del descontento popular, y el grueso de ese conjunto está desorganizado y fragmentado. Esto es una cosa polémica, pero implica reconocer que a veces los consensos hacia dentro de las minorías activistas te alejan de la posibilidad de los consensos hacia fuera del descontento popular: lo que te acerca al submundo activista te aleja de tu pueblo, y viceversa. Esto lo ha vivido todo el mundo que, por ejemplo haya militado en el movimiento estudiantil. Hay consensos dentro de las asambleas de facultad que dices "perfecto *compas*, pero todo sabemos que esto es marciano", "ahora esto se lo tengo que contar a mi clase". Resultado: tienes que lanzar una iniciativa que es posible que no les guste y no les tienes que preguntar, primero porque para hacer política uno no pide permiso, y segundo porque como no va fundamentalmente dirigido a ellos. La única manera de saber si gusta esa iniciativa, si tiene sentido, es buscando un arco que te permita interpelar a ese

descontento popular heterogéneo que se mueve dentro del sentido común de época.

Entonces, ¿por qué se ha desbloqueado la opción electoral? Por un cierto cumplir etapas de la movilización política y del ciclo de protesta, que pone a alguna gente en un callejón sin salida. Ahora, y esto se apuntaba también en el artículo, en los estados modernos y consolidados la movilización por sí sola no expulsa en helicóptero del palacio presidencial a ningún Presidente, porque no quiebra el monopolio de la violencia ni de la regulación y certidumbre de las instituciones que se encargan de ellos, y porque por sí sola no es capaz de crear una nueva institucionalidad. En América Latina sí ha pasado, porque algunos son estados mucho más débiles. La posibilidad de procesos de ruptura en el que la movilización salta por encima de la institución, eso creo que es más difícil allí donde hay Estado fuerte. A veces le prestamos más atención en el análisis a los aparatos coercitivos, pero son sólo la ultima ratio, no lo fundamental. Hay muchas razones por las que la ciudadanía le tiene lealtad al orden institucional, aquí incluso cuando el orden institucional es más injusto de lo que lo ha sido en los últimos 30 años. Por una parte, los aparatos ideológicos del Estado y la institucionalidad del régimen, pero por otra, la luz se enciende todos los días en todas las farolas de las calles de Madrid, las carreteras están en perfecto estado, si tú quieres viajar de Madrid a Oviedo no le preguntas a nadie "Oye, ¿has visto como están las carreteras?" asumes que está bien y eso genera lealtad y certidumbre. El orden nunca es sólo el orden de los privilegiados que nos desposee. Bueno, sí, te desposee, pero a la vez tu hija de 16 años vuelve andando a casa a las 3 de la mañana y lo más seguro es que no le pase nada, por desgracia le puede pasar, pero le pasa menos que en cualquier punto del planeta. ¿Eso qué significa? Que incluso las personas que ocupan el papel más subordinado en la escala social tienen razones para confiar en el orden. El orden produce cosas y seguridades, recoge la basura, te expide el carnet de conducir de forma rápida, etc. y eso produce lealtad al orden institucional, y esa lealtad al orden institucional hace que haya menos población predispuesta a soluciones por las cuales la movilización y la construcción de contrapoderes autónomos vayan a subvertir el orden instituido.

Esas razones de implantación institucional y de agotamiento de un cierto ciclo de protesta (y también el atreverse a lanzarlo en un momento dado) abren la cuestión electoral para unos sectores activistas que la veían desde hace mucho con desconfianza y ahora esa desconfianza se diluye un poco, también porque se ha demostrado que en torno a lo electoral se genera identificación política.

Nos viene a la cabeza un análisis de la *Comisión de Análisis Sol* dentro de un proyecto de dinamización política junto a trabajadores del sector público en Madrid, a partir de las protestas de los “viernes negros” de 2012, llamado *Muevelopúblico*. En la primera fase del proyecto, un diagnóstico basado en entrevistas en profundidad, una de las cuestiones que más nos llamó la atención eran las apelaciones a la cuestión del liderazgo (de acción) como “hecho absolutamente fundamental para generar la expectativa de sostenimiento en el tiempo, ganar impulso y tener un efecto en la realidad política española”⁴.

Claramente, la cuestión del liderazgo es uno de esos casos en los que la práctica política ha ido por delante a la reflexión teórica. El tema del liderazgo era muy difícil de plantear en 2011. Creo que en el artículo que publiqué aquí, en *Encrucijadas*, lo menciono ligeramente. Era más difícil de plantear en términos teóricos y ha sido más fácil que se abriera paso en términos prácticos. Es decir, ha sido más fácil construir y demostrar en la práctica la necesidad de liderazgos que abrir un debate en las Ciencias Sociales o en la Ciencia Política sobre qué rol deben jugar los liderazgos y si eso es contradictorio o no con la democracia. Me parece que este hecho refleja una cierta autocrítica que tenemos que hacer al interior de las Ciencias Sociales: ¿cómo es que este debate se ha abierto más rápido en la calle? ¿Cómo es posible que nadie tocara este tema y que no se pudiera discutir? Yo creo que hay una cierta hegemonía del pensamiento liberal-conservador que ha pesado mucho. Según este pensamiento hegemónico las sociedades maduras tienen instituciones, organizaciones y partidos, y las sociedades inmaduras del sur tienen líderes, caudillos. Es un planteamiento muy eurocéntrico y liberal que ha hecho que durante mucho tiempo dijéramos “otros pueblos, sí, entiendo que necesiten líderes, pero nosotros no...”. No obstante, hay que notar que si hubiera habido canales institucionales confiables, habría habido menos acumulación de protestas; es decir, si la gente que recogió firmas, que se quejó ante sus administraciones hubiera recibido tramitación satisfactoria a algunas de sus reivindicaciones no se habrían echado a la calle. Por tanto, salvo la minoría de activistas, la gente se echa a la calle cuando percibe que no hay otras formas de canalizar ese descontento. Esto puede sonar pesimista, pero ha hecho falta que los canales se obstruyan y que dejen de repartir bienes materiales y simbólicos -prestigio de o confianza en los sectores dirigentes- para que se abriera el ciclo de protestas. No es el único elemento explicativo, pero para que se abra una posibilidad de cambio político radical, hace falta que, citando a Lenin: “los de arriba no puedan y los de abajo no quieran” seguir como hasta ahora.

Seguramente ese elemento simbólico es muy importante. No es solo “¿qué hay de lo mío?”, porque a lo mejor puede que de lo tuyo no haya nada, pero que

4. Herranz, D. 2014. “*Muevelopúblico*: un proyecto de dinamización política”, pp. 255-264 en *Política de lo real. Nuevos movimientos sociales y subjetividad*. Barcelona, Ediciones S&P.

tengas una esperanza razonable en que lo habré. Y cuando se quiebra, cuando se rompe ese lazo social, esa confianza social por la cual no estoy recibiendo “lo mío” pero sé que en algún momento me tocará... cuando empiece a decir “es que a lo mejor no llega nunca” ese elemento tiene un efecto fundamental. Es una quiebra simbólica de la legitimidad, además es una quiebra por arriba, no es que los de abajo digan “el pacto social es una mentira”. No es una impugnación de la concertación social por abajo que diga “hasta ahora el pacto social ha servido para que primen los intereses sociales de los de arriba”, es más triste, si quieres: es la percepción de que son los de arriba los que han roto el pacto. Esto lo digo también para no hacerse ilusiones excesivas con respecto al alcance político posible de esa sensación de indignación o de fraude.

¿Han sido las redes de 15M las que tomaron el papel de relevo en la hegemonía ideológica de la izquierda institucional? ¿Lo que se aglutina dentro de las redes del 15M es lo que realmente genera un cambio en la hegemonía ideológica de la izquierda?.

No sé, porque una buena parte de los que se movilizan en el 15M no se sienten partícipes de ese mundo ni se referencian en la izquierda, ni siquiera simbólicamente. No se sienten como la continuación de las luchas de sus padres en los años 70, no tienen ni la memoria de que sucediera porque sus padres no lo hicieron o no se lo contaron. Es decir, metodológicamente hay que tener cuidado con no reconstruir “hilos rojos” que los propios actores no perciban. Es muy posible que muchos de los que salen a protestar no estén de acuerdo con esa identificación, de hecho el 15M tenía mucho de eso, a lo mejor por desgracia tenía mucho adanismo: “la política ha empezado el 15 de Mayo de 2011”, “yo no soy heredero de nadie”, “todo lo anterior era una mierda”... Entonces una buena parte de los que salían a protestar no se sentían partícipes o herederos de otra tradiciones y, seguramente eso fue lo que permitió la masividad y la transversalidad de la protesta respecto a esas tradiciones que estaban claramente en retirada.

Antes señalabas dos vías, la vía electoral y la de la movilización o la de la sociedad civil. ¿Pero cómo se vinculan ambas? ¿Cómo se articulan?

En la parte menos política y más de análisis, habría que analizar si cuando nace Podemos (enero de 2014) el ciclo de protesta estaba en auge o en reflujo. Yo creo que el ciclo estaba en reflujo, pero el único contra ejemplo que conozco son las Marchas de la Dignidad, que movilizan en Madrid a cientos de miles de personas el 22 de marzo de 2014, a dos meses de las elecciones europeas. En mi opinión es más bien el último coletazo del ciclo de acción colectiva abierto en el 15M.

Hay quien dice que Podemos cierra el ciclo de movilización. Yo considero que ya estábamos en un reflujo y que nuestra iniciativa rompe el impasse, produce

un nuevo horizonte situando la confrontación en otro plano y genera una nueva dinámica de activación popular (véase la Marcha del Cambio del 31 de Enero o el reagrupamiento en el territorio en torno a los círculos). Esto demuestra que no es útil pensar con la contraposición social/político y con el mecanicismo de que "lo social antecede siempre a lo político".

Además, esa movilización de la sociedad civil es crucial para la formación de cuadros políticos y técnicos. Tienes que librar batallas que van a un ritmo endemoniado que no te permite dedicarle tiempo a una cosa que luego cuando lo necesites no la puedes improvisar y que es absolutamente necesaria que es la producción de cuadros con capacidad política y técnica de gestionar las posiciones institucionales conquistadas. Y este tipo de saberes son muy distantes de lo que uno adquiere en la militancia concreta de la protesta o de la resistencia. Si tú tienes que negociar ahora mismo con la farmacéutica de los medicamentos para la Hepatitis C, además de gente que tenga la voluntad política, necesitas gente que sepa de Química o de Farmacia... y no abundan esos entre los activistas. Desde luego implicarte en la protesta no te enseña conocimientos de farmacia o de química que luego a un gobierno de signo popular le pueden ser muy útiles. Y por tanto hay que notar esa necesidad crucial de formación política y técnica de cuadros que estén a la altura. Tú vas a necesitar para gestionar de forma diferente a como gestiona el adversario, es decir, en el sentido contrario y con la resistencia del adversario y con la inercia institucional acumulada que te va a decir que las cosas no se pueden hacer de otra forma, tú necesitas gente técnicamente muy buena, necesitas fantásticos urbanistas, fantásticos economistas, fantásticos jueces para proponer al Tribunal Constitucional, etc. En un momento de precarización extrema de la Universidad, en el que la presencia de las fuerzas transformadoras en las administraciones públicas es muy reducida, ¿de dónde lo vas a sacar? Lo movimientos sociales, es normal, lo que hacen es formar a la gente en las labores de la protesta, de la resistencia, de agitación cultural... Esas cosas son fundamentales y son muy necesarias pero tú vas a necesitar todas esas cohortes de cuadros que ocupen y gestionen mejor que el adversario las posiciones institucionales que conquistes.

Eso es un trabajo fundamental en el que creo no está casi nadie y que es un trabajo claramente de la sociedad civil, lo digo para que cuando pensemos en sociedad civil no pensemos sólo en pueblo en la calle sino gente que diga "mira, a mí me interesa menos la batalla electoral pero me voy a encerrar a estudiar o voy a poner mi disposición mi experiencia profesional para que el día que podamos tener la capacidad de gestión, podamos municipalizar el servicio de limpieza o agua, y hacerlo mejor... O voy a garantizar que la recogida de basura se hace mejor, con criterio público, con respeto a los derechos de los trabajadores, más ecológica y además más barata". Porque a las administraciones conquistadas por

el cambio no se les juzga por comparación a lo anterior sino con respecto a las expectativas crecientes que han despertado. Pero eso no es un discurso y no se hace con las asambleas de los barrios sino con gente que tiene el compromiso, el saber técnico y la experiencia con cada campo específico de gestión. Para el ejemplo anterior, experiencia con Residuos Sólidos Urbanos.

El otro día hablando con Ramón López de Lucio (Catedrático de Urbanismo de la ETSAM) sobre el urbanismo crítico a finales de los años sesenta en España nos contaba que, cuando comienzan a trabajar, la actividad era más analítica y a la defensiva que propositiva (luchas antifranquistas,...), "no había instrumentos para intervenir en la ciudad ni era una prioridad". Pero ¿cómo comienza la actividad propositiva y transformadora? Pues cuando se constituyen los primeros Ayuntamientos democráticos del 79, contando con muchos de los técnicos formados alrededor de las luchas vecinales...

Claro, y les llaman y les dicen "¿quién sabe de esto?". Necesitas esos cuadros, porque al principio vas a ser como un intruso en las instituciones conquistadas y la inercia conspira contra ti. En el momento al que os referís, después del auge cultural e intelectual de la izquierda en los años 70, había una mayor disponibilidad de cuadros políticos y técnicos. Cuando llega el centro-izquierda a ocupar las instituciones, hereda toda una generación de cuadros políticos y técnicos formados en un momento de auge intelectual y cultural de la izquierda. Más allá del desarrollo marcadamente insatisfactorio de aquella experiencia, e inquieta pensar cuánta de esa gente hay ahora. ¿Cada uno de esos buenos cuadros que fueron llamados en su momento tienen hoy un "hijo" que ocupe su posición y que esté igual de preparado y dispuesto a asumir responsabilidad y compromiso? ¿Cuánta de esa gente hay ahora en este nuevo proceso de cambio? Pues no lo sé. Esto le pasa hasta al PP. El otro día me comentaba una persona del PP.. "si me pongo al frente de la comisión de valores y descubro que tengo mucho menos para pagar de lo que pueden pagar las grandes empresas financieras para que a los mejores que yo tengo en el servicio público los pueda contratar una empresa privada para que ganen tres veces más". Tú tienes cuadros que por compromiso aceptan ganar tres veces menos y que van a trabajar para que la regulación de la Comisión Nacional del Mercado de Valores la haga gente con una orientación de servicio público o si el adversario los tiene mejores pues te va a ganar las batallas.

En una entrevista para *Diagonal*³, me preguntaron sobre el papel de la movilización en los procesos de cambio político. Yo creo que ese papel es fundamental, pero no podemos confundirlo con una varita mágica: hay muchos problemas de la

3.Rivas, P. 2014. Entrevista a Iñigo Errejón: "Estamos orgullosos de que la oligarquía española tenga miedo", *Diagonal*, 7 de noviembre ([enlace](#)).

guerra de posiciones en el estado, o de choque con los poderes conservadores, que no sé cómo se resuelven con la acción colectiva. Puse un ejemplo polémico: por esas fechas, un fondo buitre había comprado el 4% de la deuda argentina y chantajeaba en un juzgado en Nueva York al gobierno soberano, amenazando todo el proceso de reestructuración de la deuda. En ese contexto, puedes convocar una huelga general en Buenos Aires o puedes convocar a que la gente salga a la calle, pero eso no te soluciona nada. Necesitas gente mejor, necesitas cuadros mejores. Más allá de condenas estéticas o morales, nadie contestó al ejemplo. Entonces la situación se desbloqueó gracias a la capacidad de negociación y de presión del gobierno argentino, pero esto nunca está garantizado. La política es una disputa que no tiene fin –esa es la garantía de la libertad- y, aún en los procesos de cambio histórico, el camino nunca es recto ni lleva el mismo ritmo. En todo caso, queda mucho trabajo por hacer: conquistar un resultado electoral que bloquee la restauración, construir un pueblo, sus cuadros y sus instituciones en la guerra de posiciones en el Estado.